

sentí conmovido pensando que, como Mari-Santa, tenía una inocente hija, y dirigí en seguida la vista hácia las colinas del Begonia, si no en accion de gracias, en accion de súplica. ¡Acaso, acaso algun recuerdo de mi juventud llamaba airado á la puerta de mi conciencia! ¡Dios sabe si los que predicamos la virtud la predicamos por bondad ó por remordimiento! ¡Dichoso aquel para quien en la ciudad ó en el valle donde vive no hay una calle ó una colina donde al descubrir un balcon ó una ventana, siente un remordimiento y procura calmarle con una oracion!

Desde niño he procurado
tener blanca la conciencia,
y no obstante, me da miedo
cuando me encuentro con ella,
porque me han dicho que cubre
en las cimas del Gorbea
nieve blanca, blanca, blanca
rocas negras, negras, negras! (1).

Pasos y conversacion de gente aldeana que subia las escaleras y alababa á Dios abriendo la puerta del recibimiento que en Bilbao está siempre entornada ó con picaporte de muletilla exterior, vinieron á distraernos de aquella triste conversacion, y Mari-Santa, trocando su tristeza en alegría, corrió á recibir á los forasteros.

Yo no podia dejar de pensar en la madre de Claudia, aunque sospechaba que los consuelos que doña Mari-Santa habia ido á prodigarle aquella mañana misma, no se habrían limitado á lágrimas amargas y palabras dulces.

(1) *El libro de las montañas.*

Traté de averiguar lo que habia de cierto en esta sospecha, y Leandro me dijo en voz baja:

— No se dé V. por entendido de esto con mamá, ni con papá, ni con nadie; pero hemos ido á decirle á la madre de Claudia que miéntras viva venga todos los meses á cobrar el jornal que, rogando á Dios por nosotros en el cielo, haya ganado Claudia el mes anterior.

XXIX.

EL OBSERVATORIO.

Leandro y yo, que nunca nos aburriamos como don Juan con tal que tuviésemos un amigo de carne y hueso ó un amigo de papel y tinta con quien conversar, nos entretuvimos agradablemente en nuestra conversacion favorita, que era la que versaba sobre materias literarias.

Entre tanto D.^a Mari-Santa y D. Juan andaban por dentro muy entretenidos con la aldeanería que iba llegando, y en cuya alegre conversacion en vascuence se mezclaba la voz de los señores, que gustaban de hablar el mismo idioma.

— Quisiera, me dijo Leandro, que diese V. una vuelta por la cocina, donde veria preparativos culinarios que de seguro exceden á los de las bodas de Camacho. ¡Con estas cosas está mamá en sus glorias! Por fuerza tenía usted ya noticia de ella, cuando hablando de una mujer, dijo V. que

«era una mujer de aquellas
que llenan toda la casa,
por chiquititas que sean.»

— Eso se dice visitando muchas casas de Vizcaya, y particularmente una muy grande de mi aldea, donde hay una mujer chiquitita que no cabe en ella; pero desde que he conocido á la de esta casa, me parece que no es una quimera el dón del presentimiento de que muchas veces me he reido oyéndosele atribuir á sí propio á un fecundo novelista español.

— ¿A un novelista?

— Sí. Cuando le echan en cara que no estudia los hombres, los hechos, las costumbres, el espíritu, la legislación, la literatura, las artes, los monumentos, en una palabra, la fisonomía del tiempo y el lugar en que coloca la acción de las novelas llamadas históricas, y á pesar de todo su ingenio y verbosidad no encuentra medio de rechazar victoriosamente el ataque, exclama con voz de trueno y majestuosa altivez: «Don..... (aquí su nombre y apellido) no necesita estudiar, porque le basta presentir.»

— Chómin viene á decir, allá á su manera, eso mismo de mamá.

— Y tiene Chómin muchísima razón. La buena de doña Mari-Santa no necesita estudiar lo que otros piensan, y desean y necesitan, porque tiene el dón de presentirlo, sólo que en punto á ese dón se diferencian el novelista y ella en que el novelista le publica y ella le calla.

En esta grata conversacion estábamos Leandro y yo cuando llegó Francisco. El reloj de San Nicolas daba las doce, y con tan plausible motivo la gente trabajadora de ambas riberas abandonaba la faena para ir á comer.

— Amigo Leandro, dijo Francisco, es necesario que

se deje éste de esos estudios teóricos en que están ustedes enfrascados y se dedique á los prácticos, durante el tiempo que medie desde las doce que son ahora hasta las dos, que será la hora á que comerémos. Los aldeanos deben sentarse á la mesa en este momento, porque doña Mari-Santa, que todo lo oye y lo sabe, oye las doce, y sabe que para la gente aldeana ese es el toque de refectorio. Busque V. un observatorio desde donde nuestro bosquejador de cuadros del hogar y sus contornos pueda observar lo que en el comedor pase y tomar sus apuntes para trasladarlo luégo adonde corresponda.

— Decíamos al llegar V. que mamá presente, y en efecto, mamá habia presentido el deseo de V., buscando el observatorio que V. desea. Venga, D. Antonio, conmigo, que le voy á llevar á él.

Las casas de la Estufa apénas tienen patios interiores, porque todos sus departamentos son grandes, y la luz que reciben por sus dos fachadas, que son la del Mediodía, que corresponde al Arenal, y la del Norte, que corresponde á la calle de la Esperanza, basta para alumbrarlos todos.

La casa en que nos hallábamos era grande. Los seis grandes balcones que tenía por el lado de la calle de la Esperanza correspondían: el primero de la derecha, á la cocina; el segundo á la antecocina, que servia de comedor á las criadas (en Bilbao apénas se dedican los hombres al servicio interior doméstico); el tercero y cuarto á un salon de paso; el quinto al comedor principal, y el sexto á un gabinete con puerta-vidriera al comedor. Esta puerta-vidriera enfilaba con las del comedor, el sa-

lon, la antecocina y la cocina, de modo que desde el gabinete se veían todos estos departamentos cuando, como entónces, estaban francas sus puertas.

Leandro me condujo al gabinete por la parte interior, colocó una butaca junto á la puerta-vidriera, hízome sentar en ella, entornó las maderas del balcon, con lo cual el gabinete quedó casi á oscuras, tanto más cuanto el comedor estaba á media luz, recorrió parte de la cortinilla de seda, me estrechó la mano, y me dejó solo en el gabinete.

El observatorio era inmejorable para ver y oír cuanto se hacía y hablaba desde el comedor principal á la cocina, porque las puertas eran grandes, y Leandro había tenido tambien la precaucion de entreabrir un poco la puerta-vidriera del gabinete, á fin de que mi oído no tuviera que esforzarse.

No se habia equivocado Francisco: aunque todavía sonaban las doce en algun perezoso y rezagado reloj de la villa, los aldeanos, dirigidos por D.^a Mari-Santa y animados por D. Juan, se sentaban alegremente á la mesa en el comedor de las criadas.

Yo tambien iba aprendiendo á presentir ó adivinar: D.^a Mari-Santa habia dicho: «Estas buenas gentes merecen, quizá más que nosotros, comer en comedor artesonado, sirviéndose de vagilla de porcelana y cristal de roca y de cubiertos de plata fina; pero comiendo así echarian de ménos la libertad con que comen en la aldea, y la libertad bien entendida, es en la mesa, como en todas partes, el manjar más grato. Dignas son tambien estas buenas gentes de sentarse á la mesa con nosotros, que

manos curtidas por la intemperie y encallecidas por la azada y la laya, dignas son de posar en el mantel donde posan manos suaves y blancas; pero tambien entónces carecerian del plato más sabroso. Tengan hoy en la mesa la libertad posible, y coman á las doce y no á las dos, como nosotros, tanto para no alterar su costumbre, cuanto para que tengan tiempo de volver de dia á la aldea, que hoy volverán demasiado alegres para atravesar de noche laderas, torrentes y despeñaderos.»

Seguro estoy de que adiviné fielmente lo que Mari-Santa habia pensado para disponer que los aldeanos comiesen á aquella hora y en aquel sitio, y sin más testigos visibles que sus amos, cuya llaneza y afecto eran tales, que léjos de darles cortedad su presencia, les daba alegría y ánimo para saborear la espléndida y apetitosa comida aldeana, dispuesta en su obsequio bajo la inmediata direccion de la bondadosa señora.

Los aldeanos y aldeanas sentados á la mesa pasaban de una veintena, lo que me hizo calcular en diez ó doce caserías las que poseia aquella familia, más dichosa por su bondad y talento que por sus riquezas, aunque éstas no se limitaban á las fincas rurales de Vizcaya, pues era dueña de dos hermosos buques que hacian la carrera de América, de la mitad de un gran establecimiento comercial en Buenos-Aires, y de un buen capital impuesto en una acreditada casa de comercio en Lóndres.

Suelen las gentes de criterio superficial acusar á los aldeanos de Vizcaya de que dan excesivo, y por tanto perjudicial, predominio á su mujer sobre ellos, la casa y la familia. Yo tengo por injusta esta acusacion: es verdad

que allí la mujer ejerce este predominio; pero no lo es que este predominio sea perjudicial, y por tanto excesivo. Es, por el contrario, muy beneficioso y justo, y para demostrarlo sólo aduciré una razón, aunque pudiera aducir muchas: donde, como sucede en las comarcas cantábricas, la mujer comparte con el marido, en proporción á lo que buenamente permiten su sexo y sus fuerzas, el trabajo material, ¿qué sería la mujer si el marido no le recompensase esta ayuda consintiéndole el predominio moral sobre él, la casa y la familia? Sería una miserable esclava, cuya condición reprueban el sentido común, la naturaleza y la religión, que con tan entrañable fe se profesa en aquellas honradas comarcas.

Como consecuencia de este dulce predominio, apenas hay romería, feria, fiesta, convite ú otra ocasión cualquiera en que la mujer pueda encontrar algún solaz y grato esparcimiento, á que el marido asista sin que le acompañe la que le acompaña en el trabajo en la heredad, y en las tristezas y alegrías en el hogar doméstico. En la romería baila con su mujer, aunque ambos sean ya ancianos, porque cree que le debe aquel testimonio de preferencia y cariño en el concepto de su compañera y madre de sus hijos y gobernadora de su casa, y porque á ambos es grato el evocar así el recuerdo de otro tiempo en que ambos eran jóvenes y solteros, y bailando juntos, quizá en aquel mismo sitio, comenzó el amor que debía durar hasta la muerte. Y cuando en el campo de la romería ó la feria meriendan, solos ó acompañados de parientes ó amigos, ó al tornar de la fiesta, ó de la villa, ó del convite de bodas ó bautizo, se detienen bajo los árbo-

les de la portalada de la venta ó de la taberna de la aldea que atraviesan «á echar un trago» del inocente licor indígena ó del malicioso foráneo, nunca el hombre se permite beber sin que la mujer propia ó ajena le haya precedido.

Este miramiento, este afecto, esta consideración, esta galantería, que el sencillo morador de los valles cantábricos tributa á su compañera, y este predominio á que se somete gustoso, lejos de parecerme dignos de censura, me parecen dignos de aplauso, y merecían que se les dedicase una página en este libro, que si tiene alguna pretensión, es la de reflejar, aunque sea pálida y confusamente, el hogar doméstico y sus contornos, que en aquellos valles compiten en sencilla hermosura, por más que haya en Madrid escritor que niegue á sus moradores toda virtud, por la única razón de que en determinada cuestión política la mayoría de ellos no piensa como él, ni como el autor de este libro.

La indignación política, de que participo, aunque no tanto que me arrastre á la calumnia, mueven en estos instantes á representar á aquel pueblo como compuesto de fanáticos salvajes, refractarios á toda cultura y á todo sentimiento de virtud y justicia. ¡Ay, la pasión política tiene oídos y no oye, tiene ojos y no ve, y hay que esperar á que oiga y vea para convencerla de su injusticia y su error!

Si no hay allí fiesta ni ocasión grata en que la mujer no acompañe al marido, ¿cómo no le había de acompañar en aquella fiesta que yo presenciaba, y era tanto más hermosa, cuanto que en ella el rico festejaba al pobre?

Las mujeres sentadas á la mesa eran tantas como los hombres, y estoy seguro de no haberme equivocado al calcular que cada pareja de distinto sexo representaba una casería.

XXX.

AMOS É INQUILINOS.

La mesa era de forma oblonga y tan grande, que aún quedaba sobrante y desnuda una buena parte de ella, correspondiente al lado de la cocina. Allí se habian sentado doña Mari-Santa y D. Juan, como presidiéndola.

Casi todos los campesinos de Vizcaya hablan con más ó ménos perfeccion y facilidad la lengua castellana, aunque, ménos los de la parte occidental donde nació, usan habitualmente la materna vascongada, que no por no ser la que aprendí de los labios maternos, he de dejar de reconocer que es más expresiva y apta para comunicar los afectos tiernos que la castellana, por muy rica y expresiva que ésta sea, y por mucho que nos enamore en el concepto de lengua de nuestros padres, y nuestra infancia, y nuestro hogar, y nuestra compañera, y nuestros hijos, y nuestros héroes, y nuestros sabios, y nuestros santos.

De aquella dulce y expresiva lengua euscara se servian doña Mari-Santa y su esposo para conversar con sus inquilinos. Felizmente yo la entendía, aunque no la hablase, porque así que razoné con alguna madurez é in-

teligencia de la historia patria, me apliqué á estudiarla, diciéndome: «Yo debo saber siquiera elementalmente una lengua que hablaron mis antepasados, que ha dejado innumerables rastros de su general dominio en la nomenclatura geográfica española, desde el cabo de San Vicente al de Creus, y desde el Estrecho de Gibraltar al golfo de Vizcaya, que es curiosísima, tanto por su antigüedad, como por no tener conexion con ninguna lengua conocida, y que, conservada en este rincón de la Península á través de veinte siglos de invasiones y dominaciones extranjeras en el resto de este *labio*, de este *borde*, de este *límite* ó *extremo* (como significa en la misma lengua el nombre de España) del mundo conocido por los antiguos, es testimonio vivo é irrecusable del valor, del patriotismo y del amor á su libertad del pueblo vasco-cántabro á que pertenezco.»

¡Con qué solicitud verdaderamente maternal atendian Mari-Santa y D. Juan, y muy particularmente la primera, al regalo de todos sus comensales, y con qué interés y cariño preguntaban á cada uno de ellos qué familia tenía, cuáles eran el nombre y las cualidades de sus hijos, cuál el estado de los ancianos de la casa, cuál el de sus campos, cuáles sus ganados, cuáles sus dichas, cuáles sus desgracias, cuáles sus esperanzas y cuáles sus temores para lo por venir!

Muchas veces vi llorar de alegría ó de dolor á doña Mari-Santa, oyendo el relato de un suceso próspero ó adverso.

La comida fué alegre y animada, y á mí me ofreció ocasion de recoger de boca de los aldeanos hermosos ras-